

perder distancia con el objeto cuando se trata de registrar "los tonos de la patria". Un gesto que podría resumirse en una última -o primera- definición de la crítica que se anota con el tono de una nota personal: "una mezcla de panfleto, es decir de estética con análisis y teoría, donde llevamos a la práctica el poema y lo usamos de un modo brutalmente directo en nuestra escritura".

Graciela Speranza
Universidad de Buenos Aires

Beatriz Sarlo: *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires. Nueva Visión 1988.

"Es posible que la historia de la cultura y, en particular de la literatura y el arte no se liberen jamás de la tarea de redefinir permanentemente su discurso y su objeto, ¿de qué historia se trata? ¿de qué trata esta historia?" *Una modernidad periférica* propone un nuevo modo de urdir las tramas que cuentan la historia convocando una constelación de discursos y prácticas con un deseo próximo a la utopía: reconstruir la experiencia vertiginosa del cambio en ese escenario versátil y permeable en que "el futuro era hoy". *Clío revisitada*.

Una ciudad -Buenos Aires- se constituye en una noción organizadora del pensamiento sobre la cultura cuya silueta puede delinearse rastreando huellas de las transformaciones sociales, buscando puntos de condensación que sintonicen un diálogo en los restos fragmentarios y contradictorios de una cultura que se debate entre lo nuevo y la pérdida irreparable. Modernas quimeras sobrevolando paisajes fracturados en los cuadros de Xul Solar; luces fantasmagóricas -"reflejos de azul de metileno, amarillos de ácido pícrico"- en la Calle Corrientes de las aguafuertes porteñas de Arlt; anuncios de gramófonos portátiles en *Caras y Caretas*; orillas suburbanas, cuerpos despedazados, rosas blindadas, deshechos humanos, en la literatura de Borges, Gironde, Tuñon o Castelnovo; voces femeninas ante miradas masculinas en los poemas o en la biografías de Norah Lange o Victoria Ocampo; un simulacro fatal o un romance esperanzado en los ensayos de Martínez Estrada o Scalabrini Ortiz: la heterogeneidad no sólo conforma el

objeto sino que también provee la hipótesis básica: "un libro de mezcla sobre una cultura también de mezcla". Así, fragmentos diversos de la cultura, datos históricos y sociales, historias de vida, van diseñando líneas de convergencia y divergencia que organizan un mapa emblemático de la experiencia contradictoria del cambio: de las invenciones futuristas a las anacrónicas fantasías reparadoras, del erotismo a la represión, de la utopía al fatalismo. Ya sea que se vincule con el régimen de la historia intelectual, la historia cultural o que recurra a pautas metodológicas variables, la elección de esta modalidad discursiva -irrespetuosa de las fronteras de la crítica literaria- se presenta explícitamente como resistencia a cánones epistemológicos rígidos y como marcada insatisfacción frente a la docilidad del discurso crítico ante modelos teóricos vinculados a modas intelectuales.

Si *Una modernidad periférica* reconoce una deuda para con *Viena, fin de siglo* de Carl Schorske, en tanto apuesta a la posibilidad de pensar la cultura urbana descubriendo la relación entre universos heterogéneos (y con Walter Benjamin que ya había leído a Baudelaire para leer el París del Segundo Imperio), los nombres que se mezclan al momento de reconocer diálogos intelectuales, las estrategias de lectura, sugieren una nueva concepción del discurso crítico que -desconfiando de los límites canónicos de la sociología de la literatura- multiplica las posibilidades de captar la densidad semántica y simbólica del mundo social. Un deseo de transparencia que interroga obsesivamente las configuraciones estético-ideológicas que condensan los procesos sociales.

Los trabajos más recientes de Beatriz Sarlo habían agregado a su campo de investigación -concentrado esencialmente en los procesos culturales y la literatura de las primeras décadas del siglo- la producción literaria argentina contemporánea, señalando una concepción ética y política en la elección de los objetos y los modos de abordarlos. Si durante la dictadura militar la literatura había encontrado formas de figurar la historia y la política obturadas en otros discursos sociales, la lectura crítica reconocía y reproducía ese gesto. Ahora, esta vuelta al Buenos Aires de principios de siglo sugiere una renovada concepción de la historia de la literatura que decide arrojar una mirada al pasado como prehistoria de nuestro tiempo. El surgimiento de un repertorio amplio de respuestas acerca de

la modernización, la revolución, el lugar de la mujer o de la nacionalidad, puede leerse entonces desde el presente, diseminando señales sobre este final provisional de la historia demasiado tumultuoso y confuso, demasiado presente para la imaginación histórica y la interpretación crítica. "Al elucidar la génesis, el significado y las limitaciones de las ideas en su época -dice Schorske- podremos entender mejor nuestras actuales afinidades con ellas". La producción literaria, las relaciones entre los actores del campo intelectual, las revistas del período pueden leerse entonces como escenario de debates políticos y estéticos y, a la vez, como espacios en que nuevos valores -la primacía de lo nuevo, la revolución, la pedagogía social- inician una larga historia de fundamentaciones. También desde el presente puede hipotetizarse para ese período un mayor espacio de contacto entre diversas esferas culturales: Arlt y la novela sentimental, las ciencias ocultas o las revistas de divulgación técnica. Raúl González Tuñón y Borges en las páginas de *Crítica*, Olivari y su trabajo con el registro popular de la lengua, Enrique González Tuñón y su glosa del tango. *Una modernidad periférica* pauta estos cruces significativos desde la perspectiva del corte monográfico propuesto, que elige reconstruir la experiencia de la modernidad a partir de diversas fracciones de la esfera de la cultura letrada.

En esta sucesiva tarea de redefinir su objeto y su discurso, el último trabajo de Beatriz Sarlo define no sólo su concepción epistemológica del discurso crítico, sino también el espacio deseado de interlocución social. Rechazando la especialización como valor y privilegiando la significatividad social de su discurso, confiesa una cierta nostalgia sartreana por aquella mirada estrábica que reconoce en los intelectuales de *Contorno*: una mirada que intenta ver más allá de los contornos de sus propios saberes y que convoie al mismo tiempo, miradas ajenas. Con otra marca menos nostálgica y más habermasiana, su discurso se resiste a la privatización de los espacios académicos e intenta un registro que anule una distancia creciente entre una cultura de expertos y la esfera del debate público. Enfrentados a la opacidad de las relaciones sociales, los nuevos caminos críticos tantean respuestas cotidianamente elocuentes, translúcidas. "En el término final (útopico) -dice Barthes- está la transparencia, como si la consistencia de la in-

terlocución social pudiera un día esclarecerse, aligerarse, calarse hasta la invisibilidad".

Graciela Speranza
Universidad de Buenos Aires

Francine Massiello. Lenguaje e ideología: Las escuelas argentinas de vanguardia. Buenos Aires, Hachette (Colección Universidad), 1986.

Desde hace varios años, los estudios culturales, con su vuelta a la historia o a través de su planteo del problema de la Modernidad y la Posmodernidad, han recurrido a los "años veinte" como momento de corte radical con la experiencia de la vida del siglo XIX, con sus ideologías y su sensibilidad. Los años veinte, los años en que se funden las experiencias posteriores y previas de las dos guerras mundiales parecen ser el eslabón si no perdido, al menos bastante desestimado en la explicación de los procesos culturales y políticos del siglo XX, que hay que recuperar. Es así que, como condensadores de algún saber, de alguna clave, desde varias disciplinas sociales, se ha vuelto a ellos.

En un tiempo algo previo a este furor, Francine Masiello, escribió un libro sobre la década del veinte en la literatura argentina (*Lenguaje e Ideología. Las escuelas argentinas de vanguardia*; Buenos Aires, Hachette, 1986) que se publicó hace un par de años y después de esperar mucho tiempo en la editorial.

El auge de los estudios sobre los años veinte, tiene en la literatura argentina una especial incidencia. En ese momento comienzan a escribir sus primeros textos Jorge Luis Borges y Roberto Arlt; se ejercitan las primeras experiencias de "vanguardia" en el país; hay un intenso movimiento editorial y surgen nuevos escritores provenientes de espacios sociales e institucionales ya decididamente alejados de los tradicionales. Son, de algún modo, los años de oro de la historia argentina; no porque no haya habido conflictos sociales, políticos o culturales, sino precisamente porque los hubo, por primera vez con un despliegue casi espectacular. Todo pareció debatirse y enfrentarse y, en el campo de la cultura, este rasgo particular, definió, durante años, el período.

A tal punto que se lo ha estereotipado,